

CRISTO, CON DIFERENCIA, ES LO MEJOR

“Id, pues, enseñad a todas las gentes a poner por obra
todo lo que os he mandado.”

(Mt 28,19)

“La mayor pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo.”

(Bta. Teresa de Calcuta)

“Quien no da a Dios, da demasiado poco.”

(Benedicto XVI)

OBJETIVOS

- 1.- Animar la reflexión o meditación de lo valioso que es tener fe en Cristo y que nos mueva a ser cada día más agradecidos al Señor por este don.
- 2.- Que las comunidades revisen su compromiso de evangelización explícita. (Estatutos art. 9 punto 4; art. 19).
- 3.- Animar y fortalecer el compromiso de todos aquellos responsables que tienen un apostolado en los centros.

INTRODUCCIÓN

“La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia, una tarea y misión que los cambios amplios y profundos de la sociedad actual hacen cada vez más urgentes. Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia...”

(Evangelii nuntiandi; Pablo VI; 14)

“La misión de Cristo Redentor, confiada a la Iglesia, está aún lejos de cumplirse... una mirada global a la humanidad demuestra que esta misión se halla todavía en los comienzos y que debemos comprometernos con todas nuestras energías en su servicio. Es el Espíritu Santo quien impulsa a anunciar las grandes obras de Dios: « Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe: Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! »(1 Cor 9, 16).”

(Redemptoris missio; Juan Pablo II; 1)

“Ningún creyente en Cristo, ninguna institución de la Iglesia puede eludir este deber supremo: anunciar a Cristo a todos los pueblos.”

(Redemptoris missio; Juan Pablo II; 3)

La iglesia existe para evangelizar. Esto mismo hay que aplicarlo al Mac. El movimiento nació y existe para predicar, para el apostolado de niños y jóvenes, para llevarlos al

encuentro con Jesucristo. Esa es nuestra naturaleza y finalidad. Todo lo que decimos y hacemos va encaminado hacia esa dirección. ¿Se puede decir eso mismo de nuestras comunidades? ¿Todo lo que hacen y dicen va encaminado a animar y fortalecer a sus miembros para la misión, para el apostolado, para la evangelización explícita? ¿Sostenemos y ayudamos a nuestros hermanos de comunidad que están en los centros? ¿Los apoyamos en su labor desde la misma comunidad?

Sabemos, por la realidad de nuestras comunidades, que de forma generalizada los miembros que no evangelizan en los centros difícilmente lo hacen en otros campos.

En la evangelización la Iglesia se la juega. El movimiento también.

Por eso vemos muy importante que dediquemos un tiempo en meditar, reflexionar y revisar este tema de la evangelización.

1.- CRISTO, LO MÁS VALIOSO DE LA VIDA

Evangelizar viene de evangelio, es decir buena noticia.

“¿Cuál es la Buena Noticia para el hombre? La Buena Noticia es el anuncio de Jesucristo.” (Catecismo de la Iglesia Católica, compendio; 79)

“El deseo de evangelizar nace de este conocimiento amoroso de Cristo.”

(Catecismo de la Iglesia Católica, compendio; 80)

Cuando descubres, en tu propia realidad, lo que Cristo representa realmente en tu vida es cuando se entiende las ganas de compartirlo con los demás, es decir, de evangelizar. El impacto que produce Cristo en la vida personal no se puede guardar para uno mismo. Es imposible.

Por lo tanto, lo primero que tengo que abordar en este tema de la evangelización es: ¿qué es lo que me ha pasado a mí con Cristo? ¿Qué significa en mi vida?

Si no tengo claro qué significa Cristo en mi vida, sino tengo experiencia de Él, ¿qué es lo que voy a transmitir? ¿qué buena noticia voy a anunciar?

No se puede ser cristiano sin evangelizar. Y no se puede evangelizar si no tengo una experiencia profunda y vital con Jesucristo. Por eso no hay mejor punto de partida para describir la situación espiritual de nuestro tiempo que la conocida frase de Karl Rahner: ‘El cristiano del futuro (nosotros) o será un “místico”, es decir, una persona que ha “experimentado algo”, o no será cristiano, porque la espiritualidad del futuro (la que nos toca vivir a nosotros) no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y a la decisión personales.

El evangelio es claro al respecto: “Venid y lo veréis” (Jn 1,38-39) La aventura de los Apóstoles comienza así, como un encuentro de personas. No deberán ser anunciadores de una idea, sino testigos de una persona. Antes de ser enviados a evangelizar, deberán ‘estar’ con Jesús (Mc 3,14), entablando con él una relación personal. Sobre esta base, la evangelización no será más que un anuncio de lo que se ha experimentado y una invitación a entrar en el misterio de la comunión con Cristo (1 Jn 1,3).

Siguiendo con la cita anterior de Marcos descubrimos que estar con Jesús y ser enviados parecen a primera vista excluirse recíprocamente, pero ambos aspectos están íntimamente unidos. El estar con Jesús conlleva por sí mismo la dinámica de la misión, pues, todo el ser de Jesús es misión.

Según este texto ¿a qué se les envía? El primer encargo es el de predicar: dar a los hombres la luz de la palabra, el mensaje de Jesús. Pero el anuncio del Reino de Dios

nunca es mera palabra, mera enseñanza. Es acontecimiento, del mismo modo que también Jesús es acontecimiento, Palabra de Dios en persona. Anunciándolo, llevan al encuentro con Él.

Luego de aquí obtenemos una primera conclusión fundamental para nuestro apostolado: ya lo decíamos el año pasado, ‘el trato con el Señor lo es todo’. “No es posible ser cristiano sin encontrarse con Jesús. Más aún, ser cristiano es vivir de ese encuentro y para ese encuentro, convirtiendo toda la vida en encuentro con Él.” (Proyecto Pastoral Diocesano 2006-2009; Diócesis de Málaga; pág: 39) La experiencia de Dios debería ser el centro de mi vida como humilde cristiano.

¿Es esto una realidad en mí día a día? ¿Qué medios utilizo para llevarlo a cabo?

El encuentro con el Señor es una experiencia de gracia que hemos de adquirir, para que Jesucristo se convierta en nuestro centro, nuestro bien supremo, el único objeto de nuestra vida, nuestra razón de ser, nuestra alegría y nuestro gozo. ¿Cómo es posible obtener un don tan valioso, gracias al cual podremos vivir como verdaderos testigos del Resucitado y alegrarnos siempre, vayan como vayan las cosas? Debemos desearlo con pureza de corazón y con humildad, pues así lo recibiremos, con gratitud, como don.

Así estaremos en disposición de vivir este lema, porque ¿quién puede asegurar y anunciar que Cristo, con diferencia, es lo mejor? Sólo aquél que se ha topado con Él.

Preguntas:

- 1.- ¿He hecho hoy oración personal? ¿He meditado el evangelio del día?
- 2.- ¿Cómo cuido mi trato, mi relación con Cristo? ¿Es lo más importante del día? ¿Gira todo entorno a eso?
- 3.- ¿Tengo clara la convicción de la grandeza de Cristo? ¿Cómo manifiesto en mi vida esa grandeza, esa primacía de Jesucristo en mi vida?
- 4.- ¿Cómo transmito, con mi vida y mi palabra, que Cristo es lo mejor que me ha pasado en la vida?

PARA LA ORACIÓN PERSONAL Y COMUNITARIA:

Hacemos un parón en el tema y os pasamos unas citas y frases para que la meditéis en vuestra oración personal y también para que os sirva para preparar una oración comunitaria. Gira entorno a la grandeza de Cristo.

“Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida.” (Jn 14,6)

“Tú eres el camino que se ha de recorrer.

Tú eres la verdad que se ha de proclamar.

Tú eres la vida que se ha de vivir.”

(Madre Teresa de Calcuta)

La vida ofrece muchos caminos, pero uno sólo es el que nos salva.

¿Estás convencido de que Jesús es el único camino, la verdad?

“El misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del verbo encarnado.”

(Gaudium ad Spes, 22)

“Yo soy la luz del mundo. El que me siga no caminará a oscuras” (Jn 8,12)
“Mis ojos han visto a tu Salvador, ... luz para iluminar a las naciones.” (Lc 2,30)
“Estamos convencidos de que él es verdaderamente el Salvador del mundo.” (Jn 4,42)
“...sin mí no podéis hacer nada.” (Jn 15,5)
“Cristo luz de los pueblos.” (Lumen Gentium, 1)

¿Estás convencido de que sin Cristo estás perdido?
¿Creo que es el único Salvador de mi vida, al único al que puedo recurrir? ¿O tengo otros salvadores?

“Todo el que bebe de esta agua, volverá a tener sed; en cambio, el que beba del agua que yo quiero darle, nunca más volverá a tener sed.” (Jn 4,14)
“...el que cree en mí nunca tendrá sed.” (Jn 6,35)
“Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba... de lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva.” (Jn 7,37-38)

“Toda persona necesita un manantial de verdad y de bondad al que recurrir ante la sucesión de las diferentes situaciones y en el cansancio de la vida cotidiana.”
(Benedicto XVI; El decálogo del corazón de Jesús; 5)

“Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré.” (Mt 11,28)

¿Quién no está hoy día cansado y agobiado? Pero nuestro alivio no nos lo da el sofá sino el Señor. No nos equivoquemos.

“Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no volverá a tener hambre...” (Jn 6,35)

“Para vivir, el ser humano necesita pan, fruto de la tierra y de su trabajo. Pero no sólo vive de pan. Necesita sustento para su alma; necesita un sentido que llene su vida... Cristo: la verdadera comida para nuestros corazones.”
(Sobre todo el amor; Benedicto XVI; pág: 43)

“Yo soy la puerta.” (Jn 10,9)

“Yo soy el buen pastor.” (Jn 10,11)

“Yo soy la resurrección y la vida... ¿Crees esto?” (Jn 11,25-26)

“Jesús será siempre nuestro maestro, nuestro guía, nuestro modelo.”
(S. Juan Bosco)

“Señor, ¿a quién iríamos? Tus palabras dan vida eterna.” (Jn 6,68)

2.- EL MOTIVO DE LA EVANGELIZACIÓN

“Del amor de Dios por todos los hombres la Iglesia ha sacado en todo tiempo la obligación y la fuerza de su impulso misionero: ‘porque el amor de Cristo nos apremia...’ (2 Cor 5, 14). En efecto, ‘Dios quiere que todos los hombres se salven y

lleguen al conocimiento pleno de la verdad.’ (1 Tm 2, 4). Dios quiere la salvación de todos por el conocimiento de la verdad. La salvación se encuentra en la verdad. Los que obedecen a la moción del Espíritu de verdad están ya en el camino de la salvación; pero la Iglesia, a quien esta verdad ha sido confiada, debe ir al encuentro de los que la buscan, para ofrecérsela. Porque cree en el designio universal de salvación, la Iglesia debe ser misionera.”

(Catecismo de la Iglesia católica, 851)

Para nosotros, los cristianos, la verdad no es un concepto filosófico sino una Persona: Jesucristo. “Yo soy la verdad.” (Jn 14,6)

En Cristo la verdad coincide con el amor. Por lo tanto, el amor es la verdad.

Y para saber qué es el amor, los cristianos no miramos en el diccionario sino a Jesús que es el amor en Persona: “En esto hemos conocido lo que es el amor: en que él ha dado su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos.” (1 Jn 3,16) “Nadie tiene amor más grande que quien da la vida por sus amigos.” (Jn 15,13)

Llegamos a una conclusión importante: la finalidad de la evangelización es transmitirle a los demás el amor de Cristo para que, habiendo experimentado ese amor (el encuentro con Jesús), puedan ellos también amar. Ese amor lo transmitimos dando la vida, perdiéndola en favor de otros.

“Nosotros hemos conocido y creído en el amor que Dios nos tiene.”(1 Jn 4,16) ¡Qué definición más bonita de ser cristiano! ¡Somos testigos del amor, de la paz, del cariño, de las cosas verdaderamente importantes! Qué necesidad tan urgente tiene el mundo de un testimonio así. “... La creación misma espera anhelante que se manifieste lo que serán los hijos de Dios.” (Rom 8,19)

Si la salvación se encuentra en la verdad, entonces la salvación está en el amor, en si yo soy una persona que amo, que me entrego, que estoy al servicio,...

Para poder ser también nosotros personas que aman, necesitamos el regalo del amor salvador de Dios mismo. Porque “el amor procede de Dios.” (1 Jn 4,7) “Al darnos el Espíritu Santo, Dios ha derramado su amor en nuestros corazones.” (Rom 5,5)

Por lo tanto, para poder amar, necesitamos a Dios. Siempre necesitamos a Dios. Es la necesidad más real y urgente de nuestra vida. No podemos olvidarlo. Sin amor no podemos vivir, se puede malvivir, ir tirando, pero eso ni es vida ni es nada. Eso no es lo que Dios quiere para nosotros. Sin amor somos unos desgraciados. De ahí que Cristo sea nuestro salvador, el que nos saca de esa situación de muerte que es el egoísmo, el odio, las rencillas, etc...

Para el ser humano “la vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente.” (Juan Pablo II; Redemptor hominis, 10)

Gracias a nuestra experiencia cotidiana debemos tomar cada día mayor conciencia de nuestra absoluta dependencia de Dios.

3.- EL PROTAGONISTA DE LA EVANGELIZACIÓN

Si queremos amar, mejor dicho, si queremos aprender amar necesitamos a Dios. Porque “Dios es amor.” (1 Jn 4,8) Y como hemos dicho antes, “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones gracias al Espíritu Santo.” (Rom 5,5) Vamos a detenernos en el Espíritu Santo y no pasar de largo. Porque aquí está la clave.

“No habrá nunca evangelización posible sin la acción del Espíritu Santo.” (Pablo VI; Evangelii nuntiandi, 75)

“Él es quien explica a los fieles el sentido profundo de las enseñanzas de Jesús y su misterio. Él es quien, hoy igual que los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la buena nueva y del Reino anunciado.

Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu.

Puede decirse que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización: él es quien impulsa a cada uno a anunciar el evangelio y quien en lo hondo de las conciencias hace aceptar y comprender la Palabra de salvación.”

(Pablo VI; Evangelii nuntiandi, 75)

Cuánta necesidad tenemos del Señor. Cuánta necesidad tenemos de aprender amar. En esto Teresita de Lisieux nos da buenas lecciones. Es una realidad tan cotidiana de que “sin Él no podemos hacer nada.” (Jn 15,5) Pero nada de nada.

Lo que más necesita el apóstol, el evangelizador, nosotros que nos dedicamos al apostolado es el Espíritu Santo. “¡Él es el gran protagonista de la misión!” (Juan Pablo II; Redemptoris missio, 30) Debemos pedirlo diariamente. Tenemos que aprender a dejarnos guiar por Él. Tenemos que aprender a intuirlo, a olfatearlo (“esto huele a Dios”). Es urgente para nosotros profundizar en un conocimiento personal del Espíritu Santo. Debemos dejarnos cambiar por Él. ¿Qué puedo hacer al respecto?

Dejémonos guiar por el Espíritu Santo. Para ello debe resonar en nuestros corazones esa llamada a la conversión. Tengo que cambiar, hacer autocrítica personal, dejar mi antigua forma de pensar y caer en la cuenta de que estamos en sus manos. Que la tarea de la evangelización es pura obra suya.

Pidámosle al Señor que nos dé un corazón nuevo, un corazón que le duela las personas, que se preocupe de ellos, que se ocupe de ellos y no lo dejemos en la estacada. Pidámosle al Señor que nos dé un corazón bueno, que nos haga buenos, mejor todavía: santos.

Así descubriremos la Alegría que no acaba, la fiesta continua, para nosotros y para los demás. Cuánta necesidad tiene la gente con la que nos vemos a diario de tratar con personas optimistas, esperanzadas, amables, alegres... ¿Es que a ti no te gustaría toparse con alguien así? ¿Qué conseguimos con tanta seriedad, con tanto mal humor, con tanta queja?

4.- EVANGELIZADORES EVANGELIZADOS

“Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma.”
(Pablo VI; Evangelii nuntiandi, 15)

Nosotros no somos representantes comerciales de un gran producto. Nosotros somos apóstoles, somos testigos de lo que el evangelio ha supuesto y supone en nuestra vida. Por eso, también necesitamos siempre ser evangelizados. Necesitamos saborear en nuestra propia vida esa Buena Noticia que es Jesucristo. Tenemos más necesidad de alimentarnos diariamente de la Palabra de Dios que de la comida material.

No nos acostumbremos al evangelio, no lo domesticquemos. Que no pierda su fuerza, su capacidad de asombrarnos.

Tengo que leer el evangelio de tal forma que corrija mi vida. La Palabra de Dios no está para especular sobre ella, ni para discutir; sino para acogerla, amarla y que nos transforme.

Por eso cada vez que lea un trozo del evangelio me tengo que preguntar: ¿Qué debo quitar, qué debo corregir para que lo que acabo de leer se cumpla en mi vida?

El modelo más grande que tenemos de la relación que tiene que haber entre un creyente y la Palabra de Dios es María, la madre del Señor.

“El Magnificat (un retrato de su alma, por decirlo así) está completamente tejido por los hilos tomados de la Sagrada Escritura, de la palabra de Dios. Así se pone de relieve que la palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la palabra de Dios; la palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada.”

(Benedicto XVI; Deus caritas est, 41)

“María vivía de la palabra de Dios; estaba impregnada de la palabra de Dios. Al estar inmersa en la palabra de Dios, al tener tanta familiaridad con la palabra de Dios, recibía también la luz interior de la sabiduría. Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente y, al mismo tiempo, bueno; también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios, que resiste al mal y promueve el bien del mundo.”

(Benedicto XVI; Orar; pág: 290)

Pidámosle a nuestra Madre, María Auxiliadora, que nos ayude a dar a Cristo al mundo, como ella hizo. Que la Palabra se encarne en nosotros, se haga realidad en nuestra vida.

Por otro lado necesitamos ser más profundos. Y para ello necesitamos la oración y la formación. La primera puede ser más evidente de entender. La formación sin embargo, nos cuesta más.

Vivimos en una cultura donde los cambios se suceden con una rapidez nunca visto antes en la historia. En los últimos veinte años se han producido más cambios que en los últimos cien años. Esto nunca antes había ocurrido. De ahí la necesidad de ser profundos, que tengamos una mirada de fe ante el atropello de acontecimientos cotidianos. Por eso necesitamos el silencio, la oración, la formación. Tenemos que tener claras nuestras convicciones de fe porque sino podemos ser arrastrados por la corriente de nuestra época. Y eso ya sabéis lo que significa: confusión, relativismo, etc.

Aprovechemos los momentos de formación que nos ofrece el movimiento, nuestras comunidades, nuestras parroquias. Hagamos de la lectura espiritual personal un pilar de nuestra vida. Todos los miembros de las comunidades deben tener a mano siempre un

libro de espiritualidad. A parte de la ayuda que recibamos de fuera, tenemos que ser autodidactas y tener una formación permanente personal. Eso beneficiará a los niños, a los jóvenes, a nuestros hermanos de comunidad, a todos aquellos con los que compartimos nuestro día a día, y que están necesitados de verdad, de luz, de un buen consejo, de una palabra que les cale. Somos luz, somos sal. No seamos sosos. Esa no es nuestra vocación.

5.- “SALIÓ EL SEMBRADOR A SEMBRAR...” (Lc 8,5)

Estamos llamados a cosas grandes, a cosas buenas. Cristo no nos ha prometido una vida cómoda. Quien busca la comodidad, con él se ha equivocado de camino. Él nos muestra la senda que lleva hacia las cosas grandes, hacia el bien, hacia una vida humana auténtica.

En los últimos años hemos tenido que hablar solamente de mínimos, de los compromisos, etc. Era necesario por los momentos que estábamos viviendo. Pero no siempre se puede estar bajo mínimos. El Señor es muy exigente, ya lo sabéis. Ya es hora de levantar un poco la cabeza. Estamos en condiciones de empezar una nueva etapa. Así que hablemos de grandes retos.

¿Te gusta cómo está el mundo? ¿Te gusta lo que vemos todos los días en los telediaris? ¿Crees que este es el mundo que Dios quiere para nosotros y para nuestros hijos? ¿Te parece bien la situación en la que se encuentra la juventud, en general?

¿Te gustaría que hubiese paz y no tantas guerras, terrorismo y violencia? ¿Te gustaría que las relaciones entre las personas no estuviesen marcadas por el odio, la indiferencia, la agresividad, sino por el respeto, la caridad y la solidaridad? ¿Te gustaría que no hubiese tantas injusticias, tanto desequilibrio económico y social?

Pues cambia (convíértete) y ponte a sembrar. Conversión y transformación social van de la mano.

“No os engañéis; de Dios nadie se burla; lo que cada uno siembra eso cosechará... No nos cansemos de hacer el bien, porque si no desmayamos, a su tiempo cosecharemos.” (Gal 6, 7.9)

No nos engañemos. Si queremos que haya paz en el mundo hay que sembrar paz en los corazones de los jóvenes “que son el futuro de la sociedad” (D. Bosco). Si no sembramos no cosecharemos. Así de claro.

Si queremos que la gente se respete, se ayuden mutuamente y busquen el bien común por encima de los intereses personales tenemos que sembrar todo eso en los corazones de nuestros niños y jóvenes.

Hoy día todos hablamos de la crisis económica. Pero no vamos a la raíz del problema. Así perdemos una gran oportunidad de aprender para que no vuelva a suceder. En el mundo hay desequilibrios económicos porque hay desequilibrios en nuestros corazones. Nuestra cultura y sociedad confunde qué es lo prioritario. Convirtámonos y atacaremos la raíz de todas las crisis. Sembrad solidaridad, generosidad y caridad en los corazones de los jóvenes y ya veremos los cambios.

Enseñemos cosas buenas a nuestros jóvenes y el futuro será mejor. Eso es lo que hacemos en los equipos, en los centros, en las convivencias, en los campamentos. Eso tenemos que hacerlo en el día a día, “a tiempo y a destiempo.” (2 Tm 4,2)

Fijaros que misión tan importante nos ha encomendado el Señor, la de transformar el mundo, haced que la vida sea mejor, que el futuro sea mejor. Y eso lo hacemos en el movimiento sembrando en el presente, evangelizando a los niños y a los jóvenes. Si nosotros, que somos creyentes en el Bien más grande que existe, no enseñamos cosas buenas a los niños y jóvenes, ¿quién lo va hacer? “Si la sal se vuelve sosa...”

“La sociedad religiosa y la civil serán buenas o malas, según sea buena o mala la juventud.” (S. Juan Bosco)

¡Sembrad cosas buenas en el corazón de los chavales y el mundo será mejor!

Pensad, ¿hay tarea más bonita que esta? Somos muy afortunados. A través del Mac, el Señor se ha valido para ponernos en el sitio correcto y en el momento preciso. La evangelización de la juventud es la tarea más urgente de la Iglesia, ¡y nosotros, sin merecerlo, estamos en primera línea! Nuestra vocación es un don del Señor y un carisma muy exigente.

Estamos llamados a grandes cosas, a retos impresionantes. ¡Qué grande es construir una comunidad de fe y caminar en ella! Con la que está cayendo hoy día en nuestra sociedad referente a las relaciones. Basta pensar en las fragmentaciones y en los conflictos que enturbian las relaciones entre personas, grupos y pueblos enteros.

¡Qué grande es abrir un salón todos los días! ¡Cuánto sacrificio exige, cuánta lucha! Pero qué bonito.

¿Somos conscientes de lo que hacemos por las tardes en los salones o nos hemos acostumbrados a la rutina y lo vemos como algo normal?

Pues no es normal y luchemos para no acostumbrarnos. ¿Cómo va a ser normal que haya responsables que salgan de trabajar y tiren para el salón con el uniforme puesto, que no les da tiempo ni llegar a sus casas?

¿Cómo va a ser esto normal? ¿Es que lo veis de hacer en vuestros compañeros de trabajo, en vuestros vecinos, que salgan de sus puestos de trabajo y vayan a dedicarse a los demás, que se dediquen a estar al lado de los jóvenes para darles buen ejemplo con sus vidas, para enseñarles cosas buenas, para que tengan un modelo y un referente válido, para que sean mejores personas? ¿Dónde se ve esto?

¿Cómo va a ser normal que haya responsables, que son padres y madres de familia, vayan al salón con sus hijos?

No, esto no es normal. Esto es acción pura de Dios, con todos nuestros fallos y limitaciones. Dios está actuando, el Señor está trabajando, el Espíritu Santo está que no le da basto. Dios escribe correcto en renglones torcidos. “Si el grano de trigo no cae a tierra y muere no da fruto...” (Jn 12,24) “El que pierda su vida por mí...” (Lc 9,24) “Si queremos trabajar por la salvación de las almas con Jesús, que nuestra vida sea una vida crucificada.” (Carlos de Foucauld)

Cristo se hace presente no de cualquier forma sino a través de una vida partía, compartía, derramada y consumida en favor de los demás. Cada misa no los debería de recordar.

Todo esto se dice no para que los que van a un salón se crean mejores que nadie, ni con el derecho de... Esto se dice para que reflexionemos, para que seamos ‘contemplativos en la acción’, para que meditemos sobre lo que estamos haciendo, para que seamos agradecidos al Señor ante el gran regalo y la gran responsabilidad que Él nos ha dado.

Agradecidos con Él por habernos llamados y darnos la oportunidad de servirlo sin nosotros merecerlo.

Hoy día todo invita al desánimo, estamos saturados de malas noticias (cualquier telediario es un buen ejemplo), a tirar la toalla, a no comprometernos con nada porque nada merece la pena. Nosotros no podemos entrar en esa dinámica porque somos discípulos del Señor. Nosotros seguimos a Jesús y no lo que dicta el mundo y la sociedad. Cristo nos lo dice claramente: “En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo, yo he vencido al mundo.” (Jn 16,33)

Por eso, que bien nos viene las palabras de San Pablo: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien.” (Rom 12,21) Guardemos este consejo en nuestro corazón. Recemos con él a modo de jaculatoria.

Hagamos el bien, tomemos la iniciativa. Eso es lo propio del cristiano (Mt 7,12).

La juventud de hoy es ‘la generación sin adultos’. Se crían sin adultos, crecen sin adultos a su lado: los padres trabajan los dos y pasan poco tiempo con los hijos; hay muchas familias desestructuradas (divorcios, etc); a los profesores se les ha quitado toda la autoridad moral y los jóvenes ven la escuela como algo lejano, como que a ellos no les incumbe. El fracaso escolar es alarmante.

Todo esto hace que tengamos una juventud sin referentes válidos, sin modelos de vida y de conducta por el que merezca la pena vivir la vida. Es una generación totalmente desorientada y muy manipulable.

“...vió Jesús un gran gentío, sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor y se puso a enseñarles muchas cosas.” (Mc 6,34)

“Estos jóvenes tienen verdadera necesidad de una mano amiga que se cuide de ellos, los guíe por el camino de la virtud y los aparte del vicio.”(S. Juan Bosco)

Nuestros jóvenes necesitan guías, maestros, hermanos, gente que lo quieran de verdad.

“Mi apostolado tiene que ser el de la bondad.” (Carlos de Foucauld)

El Señor nos llama, a través de nuestro carisma Mac, a estar cerca de ellos. Somos adultos que compartimos la vida con los niños y los jóvenes, día a día, tarde tras tarde. Caminamos con ellos, salimos a su encuentro. Son las ovejas perdidas y descarriadas del evangelio. Todo eso significa nuestra vocación. Todo eso es abrir un salón por las tardes. Ofrecerles una oportunidad de encuentro (con Jesucristo), una alternativa (la de Jesucristo) distinta a la que ven en la calle, en la plaza, en la tele, en internet,...

Nosotros, gracias a nuestra fe en el Señor y ayudados por el Espíritu Santo, podemos ofrecerles a los jóvenes una amistad verdadera, que sirva para ganarnos su confianza y así predisponerlos para el encuentro con el Señor.

No les demos la espalda a los jóvenes. Sirvámosles, ayudémosles, enseñémosles cosas buenas, llevémosles al encuentro con Cristo, lo mejor que hay en la vida, y sus vidas será mejor, el mundo será mejor.

Os dejamos ahora un texto impresionante de S. Juan Bosco, nuestro inspirador y patrono. Ya sabéis que para él la educación es integral, es decir, humana y religiosa. Fijaros lo que les decía a sus cooperadores, que también nos lo podemos aplicar nosotros:

“¿Queréis hacer una cosa buena? Educad la juventud.

¿Queréis hacer una cosa santa? Educad la juventud.

¿Queréis hacer una cosa santísima? Educad la juventud.
Es más, ésta, entre las cosas divinas, es divinísima.”
(D. Bosco a los cooperadores)

El fruto que queda es el que hemos sembrado en las almas humanas, el amor, el conocimiento, el gesto capaz de tocar el corazón; la palabra que abre el alma a la alegría del Señor.

Lancémosle el reto a nuestros niños y jóvenes de hacer el descubrimiento más grande que se puede hacer en esta vida: Jesucristo.
Hoy toca ser descaradamente cristiano.

“Ten la valentía de atreverte con Dios. Prueba.
No tengas miedo de él.
Ten la valentía de arriesgar con la fe.
Te la valentía de arriesgar con la bondad.
Ten la valentía de arriesgar con el corazón puro.
Comprométete con Dios;
Y entonces verás que precisamente así
Tu vida se ensancha y se ilumina,
Y no resulta aburrida,
Sino llena de infinitas sorpresas,
Porque la bondad infinita de Dios
No se agota jamás.”
(Benedicto XVI)

Así que: “Salió el sembrador a sembrar...”

6.- SIEMPRE SE PUEDE HACER ALGO

Hay un proverbio por ahí que dice que “el amor suple las carencias”.
No todos pueden estar en un salón todas las tardes. Pero todos, en la Iglesia y en el movimiento, estamos llamados a evangelizar y a ser posible a la infancia y juventud (en nuestro caso). De ahí que, a pesar de nuestras limitaciones y responsabilidades laborales y familiares siempre debemos estar en un proceso continuo de conversión, de búsqueda, de ver la forma de estar al servicio de los últimos, de los más abandonados, de los más alejados en la fe. Y hoy por hoy, no hay duda quiénes son: los niños y los jóvenes.

Por eso, a pesar de mi realidad personal, siempre se puede hacer algo. “La mies es abundante”(Mt 9,36). A lo mejor no puedo ir a un centro todas las tardes, pero puedo participar en muchos servicios que ayudan a los jóvenes y que aliviaría de trabajo a los responsables que sí pueden ir a un centro y tienen una evangelización directa.
Se puede ayudar en los campamentos, en preparar oraciones comunitarias para los salones (nos vendría de perilla), en colaborar con los Harijans, en formar una comisión de arte cristiano que prepare audiovisuales para los centros y comunidades, para hacer obras de teatro; participar en la formación del movimiento, etc.
Son muchas las cosas que podemos hacer en favor de la juventud pero no se pueden llevar a cabo porque “los obreros son pocos.”(Mt 9,36) Y esos obreros ya tienen suficiente trabajo con los centros.

Por eso si queremos prestar un mayor servicio a la evangelización de los jóvenes, todos debemos arrimar el hombro. Cada uno desde su realidad. Pero si cada uno aporta algo podremos hacer más y mejor.

Desde aquí os animamos a que reviséis vuestro compromiso del apostolado. Que busquéis qué es lo que el Señor quiere que hagáis.

7.- “PEDID AL DUEÑO DE LA MIES...” (Mt 9,36)

Lo hemos dicho no sé cuantas veces: el Señor es el gran protagonista de todo esto, sin Él no podemos hacer nada. Es el dueño de este ‘negocio’. Pues sigamos su consejo: “Pedid por tanto al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.” (Mt, 9,36)

Que esto sea una constante en nuestra oración diaria. Que sea realidad. Por el bien de nuestros niños y jóvenes, y por lo tanto, por el bien de nuestra sociedad, pidámosle al Señor todos los días que mande obreros.

PREGUNTAS:

5.- ¿Soy consciente de la gran necesidad que la gente tiene de Cristo, aunque ellos nos sepan formularlo o expresarlo así? ¿Es Cristo una necesidad para mí?

6.- ¿Organizo con mi pareja, con mi esposa/o o mi familia el tiempo para poder dedicarnos al apostolado?